

Las epidemias en la literatura

De Tucídides a Saramago

Luis F. García

(Colombia, 1948-v.)

Médico y Magíster en Microbiología Médica de la Universidad de Antioquia. Posdoctorado en Inmunología de Wake Forest University. Profesor Emérito de la Universidad de Antioquia. Miembro de varias academias y asociaciones científicas. Autor de dos libros, varios capítulos y numerosos artículos. Ha recibido algunos reconocimientos, entre los que se destacan la Distinción a una Vida Dedicada a la Investigación de la Alcaldía de Medellín, la Orden al Mérito Universitario Francisco Antonio Zea de la Universidad de Antioquia y el Premio Nacional a la Obra Integral en Ciencia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y la Asociación Colombiana para el Avance de la Ciencia.



Resumen

Muchas epidemias han tenido efectos devastadores en las comunidades, debido al gran número de infectados y fallecidos y a los efectos en la vida cotidiana y la economía. La historia y el sufrimiento individual y colectivo causado por estas se relata en muchas obras literarias. El presente artículo hace un recorrido cronológico por la literatura que describe las epidemias, desde la peste de Atenas, en el siglo v a. de C., relatada por Tucídides, hasta la peste bubónica, en Florencia, narrada por Bocaccio en el siglo xiv; por Manzoni, en Milán, en el siglo xvii, y por Defoe, en Londres; además de algunas obras de ficción del siglo xx escritas por Thomas Mann, Gabriel García Márquez, Philip Roth, Albert Camus y José Saramago, que relatan la tragedia, las contradicciones, las grandezas y las bajas provocadas por las epidemias en las personas y las comunidades afectadas.

Palabras clave

Comportamiento, creencias, epidemias, historia, literatura, pandemias.

Introducción

¿Acaso el arte más sincero no tenía siempre como centro la desesperación? ¿No era siempre un desafío a la muerte? ¿Un gesto desafiante al borde del abismo?
Atwood (2019, p. 26)

El hombre, desde su nacimiento, está en contacto con microorganismos y depende de ellos para su supervivencia, pero algunos pueden causar infecciones y afectar la salud y la vida. Las infecciones que se encuentran en una comunidad, en forma permanente, se denominan endemias. Otras presentan un incremento abrupto en el número de personas infectadas y se denominan epidemias. Cuando afectan a un número importante de países se les llama pandemias.

Las epidemias/pandemias llevan al sufrimiento y fallecimiento de un gran número de personas y exacerbaban el miedo individual y colectivo a la enfermedad y la muerte (Sánchez-Osti, 2010), trastornan las formas de vida y “ponen en marcha unos mecanismos de defensa que muestran lo mejor y lo peor del ser humano” (Tena, 2010, p. 48). El sufrimiento y la muerte producidos por las epidemias se han reflejado en la literatura, la pintura y la música.

Este artículo recorre algunas obras de la literatura universal que describen epidemias/pandemias causadas por diversos microorganismos, ocurridas en diferentes tiempos y lugares. Debo señalar el reto que significa escribir sobre literatura para un inmunólogo, investigador de uno de los aspectos biológicos más importantes de las epidemias. Mi única excusa es que además de mi trabajo científico he sido un asiduo lector de obras literarias, y las que tienen relación con el área de mi interés, por supuesto, han recibido una atención especial. Carezco de formación en literatura y por ello solo puedo hacer un recorrido descriptivo por algunas obras que, a mi juicio, han narrado magistralmente las condiciones personales y sociales de las más conocidas

epidemias que han afectado a la humanidad, y otras que gracias a la capacidad creadora de sus autores nos han quedado como obras maestras. Las obras y las citas de textos son una selección personal y solo representan una parte de la literatura que ha abordado las epidemias/pandemias.

La plaga de Atenas (430-426 a. de C.)

La primera descripción detallada de una epidemia fue hecha por el historiador griego Tucídides (460-398 a. de C.) en *La guerra del Peloponeso* (2007). Tucídides describe la guerra (431-404 a. de C.) entre la Liga de Delos, encabezada por Atenas, y la Liga del Peloponeso, con Esparta como líder. Ante el asedio de los espartanos, Pericles, el “estratego” de Atenas, decidió atrincherarse en la ciudad; pero al poco tiempo sobrevino una epidemia que llevó a la muerte a una tercera parte de la población, incluyendo a Pericles. La epidemia contribuyó al triunfo de los espartanos y, como tragedia griega, al final del apogeo de Grecia durante el siglo de Pericles (Gargantilla, 2016 y Rodríguez, 2020).

Tucídides describe la vida en las ciudades griegas y las características clínicas y epidemiológicas de la enfermedad. Así relata el inicio de la epidemia, su magnitud y la respuesta de los médicos: “Jamás se vio en parte alguna tan grande pestilencia, ni que tanta gente matase; los médicos no acertaban el remedio, porque al principio desconocían la enfermedad y muchos de ellos morían los primeros al visitar los enfermos” (Tucídides, 2007, p. 201).

Y con la autoridad de quien ha padecido la enfermedad, asume una actitud pedagógica frente a futuras epidemias:

Por mi parte diré cómo vino, de modo que cualquiera que leyere lo que yo escribo, si de nuevo volviese, esté avisado y no pretenda ignorancia. Hablo como quien lo sabe bien, pues yo mismo fui atacado de este mal y vi los que lo tenían (p. 202).

Con mirada de epidemiólogo plantea su origen y modo de transmisión. Sobre su origen nos lleva a postular que fue una pandemia que se diseminó por al menos cinco países. Y sobre su transmisión, habla de la hídrica e inclusive de la posibilidad de una estrategia de guerra (¡biológica!) por parte de los troyanos:

Comenzó esta epidemia (según dicen) primero en tierras de Etiopía, que están en lo alto de Egipto; y después descendió a Egipto y a Libia; se extendió largamente por las tierras y señoríos del rey de Persia; y de allí entró en la ciudad de Atenas y comenzó en Pireo, por lo cual los de Pireo sospecharon al principio que los peloponenses habían emponzoñado sus pozos (p. 201).

Una observación del mayor interés es que quienes sobrevivieron a la enfermedad adquirían inmunidad y por lo tanto eran los que cuidaban a los nuevos enfermos:

Mas sobre todo, los que habían escapado del mal, sentían la miseria de los demás por haberla experimentado en sí mismos; aunque estaban fuera de peligro, porque no repetía la enfermedad al que la había padecido, a lo menos para matarle; por lo cual tenían por bienaventurados a los que sanaban, y ellos mismos, por la alegría de haber curado (p. 204).

La descripción de los síntomas y los signos de la enfermedad es un clásico de la semiología clínica (Cunha, 2004 y Langmuir, Worthen, Salomón, Ray y Petersen, 1985):

Los que estaban sanos, veíanse súbitamente heridos sin causa alguna precedente que se pudiese conocer. Primero sentían un fuerte y excesivo calor en la cabeza; los ojos se les ponían colorados e hinchados; la lengua y la garganta sanguinolentas y el aliento hediondo y difícil de salir, produciendo continuo estornudar; la voz se enronquecía y descendiendo el mal al pecho, producía gran tos, que causaba un dolor muy agudo; y cuando la materia venía a las partes del corazón, provocaba un vómito de cólera, que los médicos llamaban apocatarsis, por el cual con

un dolor vehemente lanzaban por la boca humores hediondos y amargos; seguía en algunos un sollozo vano, produciéndoles un pasmo que se les pasaba pronto a unos y a otros les duraba más. Al tacto, la piel no estaba muy caliente ni tampoco lívida, sino rojiza, llena de pústulas pequeñas; por dentro sentían tan gran calor, que no podían sufrir un lienzo encima de la cama, estando desnudos y descubiertos (Tucídides, 2007, p. 202).

El descubrimiento en el cementerio de Kerameikos, en Atenas, en 1994, de una tumba con despojos de cerca de 150 personas, permitió el análisis de ADN de esos restos y demostrar la presencia de *Salmonella enterica serovar typhi*, causante de la fiebre tifoidea (Papagrigo-rakis, Yapijakis, Synodinos y Baziotopoulou-Valavani, 2006).

El decamerón de Giovanni Bocaccio

Entre 1346 y 1352 Florencia fue azotada por la fiebre negra o peste bubónica. La epidemia se inició en Asia Central, desde donde fue llevada por los mongoles hasta Crimea, de allí pasó a Europa y produjo la muerte de más de setenta y cinco millones de personas (Gargantilla, 2016). Hoy conocemos que la peste bubónica es causada por la bacteria *Yersinia pestis*, que se transmite, inicialmente, por la picadura de las pulgas de ratas infectadas, pero que una vez afecta los pulmones de los pacientes puede propagarse de persona a persona por medio de aerosoles (Gargantilla, 2016).

Bocaccio (1313-1375), en *El decamerón*, describe la peste en Florencia en 1348 y cómo diez jóvenes vivieron su aislamiento en una villa cercana contando cien historias durante diez días, lo cual explica el título de la obra (Bocaccio, s. f.). En palabras del florentino: “entiendo contar cien novelas, o fábulas o parábolas o historias, como las queramos llamar, narradas en diez días, como manifiestamente aparecerá, por una honrada compañía de siete mujeres y tres jóvenes, en los pestilentes tiempos de la pasada mortandad” (Bocaccio, s. f., p. 3). Al principio del libro narra

las vivencias de la peste y las tragedias que trajo a la población florentina:

Y no valiendo contra ella ningún saber ni providencia humana (como la limpieza de la ciudad de muchas inmundicias ordenada por los encargados de ello y la prohibición de entrar en ella a todos los enfermos y los muchos consejos dados para conservar la salubridad) (p. 4).

Boccaccio describe dos características clínicas importantes, la infección de los ganglios linfáticos y las manchas negras, responsables de los nombres de peste bubónica o fiebre negra:

En su comienzo nacían a los varones y a las hembras semejantemente en las ingles o bajo las axilas, ciertas hinchazones que algunas crecían hasta el tamaño de una manzana y otras de un huevo, y algunas más y algunas menos, que eran llamadas bubas por el pueblo. Y de las dos dichas partes del cuerpo, en poco espacio de tiempo empezó la pestífera buba a extenderse a cualquiera de sus partes indiferentemente, e inmediatamente comenzó la calidad de la dicha enfermedad a cambiarse en manchas negras o lívidas que aparecían a muchos en los brazos y por los muslos y en cualquier parte del cuerpo, a unos grandes y raras y a otros menudas y abundantes (pp. 4-5).

Relata las actitudes contradictorias de la comunidad ante la peste:

Y había algunos que pensaban que vivir moderadamente y guardarse de todo lo superfluo debía ofrecer gran resistencia al dicho accidente y, reunida su compañía, vivían separados de todos los demás... Otros, inclinados a la opinión contraria, afirmaban que la medicina certísima para tanto mal era el beber mucho y el gozar y andar cantando de paseo y divirtiéndose y satisfacer el apetito con todo aquello que se pudiese, y reírse y burlarse de todo lo que sucediese (p. 6).

El libro continúa con los cien cuentos referidos por los diez jóvenes, muchos con gran contenido erótico, en un notable contraste entre la muerte que diezmaba a la

población con el canto al amor de estos personajes en su aislamiento preventivo (Tena, 2010).¹

Las epidemias de Milán y Londres

Las epidemias de peste bubónica se presentaron recurrentemente en Europa, y el siglo xviii fue uno de los más afectados. La descripción de dos de ellas son clásicos literarios, la de Milán, en 1629-1631, aparece en *Los novios*, de Alessandro Manzoni (1785-1873), publicado en 1827, y la de Londres, en 1665, en el *Diario del año de la peste* de Daniel Defoe, publicado en 1722.

Los novios relata el amor de Renzo y Lucía, separados por la guerra y la epidemia hasta que se reencuentran, como final feliz a su relación y a la epidemia. Manzoni describe la enfermedad, el sufrimiento individual y colectivo, las creencias sobre las causas de esta, la negación inicial a la realidad evidente de la peste, así como las políticas y las estrategias para controlarla. Sobre la expansión de la enfermedad y su cuadro clínico, dice:

al finalizar el mes de marzo, comenzaron [...] a hacerse frecuentes las enfermedades, las muertes, con extraños accidentes de espasmos, palpitaciones, letargo, delirio, con esas enseñanzas funestas de cardenales y bubones; muertes, por lo general, rápidas, violentas, a menudo repentinas, sin ningún indicio anterior de enfermedad (Manzoni, s. f., p. 382).

A pesar del aumento evidente de casos y de muertes, la negación de la realidad fue patente: “en las plazas, en las tiendas, en las casas, quien dejase escapar una palabra del peligro, quien echase la culpa a la peste, era acogido con burlas incrédulas, con desprecio iracundo” (p. 378). Hasta que finalmente no había como negarlo:

En principio, por lo tanto, no era peste, absolutamente no, a buena cuenta que no; prohibido siquiera pronunciar la palabra. Luego, fiebres pestilentes: la

¹ *El decamerón* fue llevado magistralmente al cine, en 1971, por Pier Paolo Pasolini.

idea se admite de refilón en un adjetivo. Más tarde, no era peste auténtica: es decir, peste sí, pero en cierto sentido, no peste peste, sino una cosa a la que no se sabe encontrar otro nombre. Finalmente, peste sin duda y sin desacuerdo, pero ya se ha sumado a ella otra idea, la del envenenamiento y el maleficio, que altera y confunde la idea expresada por la palabra que no se puede ya retirar (p. 387).

Y aparecen entonces todo tipo de explicaciones para la causa de la enfermedad:

Hay, por desgracia, una verdadera razón —decía—, y están obligados a reconocerla incluso los que sostienen esa otra al aire... La niegan un poco, si pueden, la fatal conjunción de Saturno y Júpiter [...]. Pero lo que no puede entrarme es que los señores médicos confiesen que nos encontramos bajo una conjunción tan maligna y luego nos vengan a decir, con su cara dura: “No toquéis aquí, no toquéis allá, y estaréis seguros”. Como si este esquivar el contacto material de los cuerpos terrenales pudiese impedir el efecto virtual de los celestes. Y ¡tanto esforzarse por quemar trapos! ¡Pobre gente! ¿Quemaréis Júpiter? ¿Quemaréis Saturno? (p. 467).

En forma crítica explica la procedencia de esas explicaciones:

De los inventos del vulgo, la gente instruida tomaba lo que podía acomodar a sus ideas; de los inventos de la gente instruida, el vulgo tomaba lo que podía entender y como podía; y, de todo, se formaba una masa enorme y confusa de locura pública (p. 398).

Y con ironía hace un juicio demoledor: “Se podría, sin embargo, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, evitar, en gran parte, un curso tan largo y retorcido tomando el método propuesto hace tanto tiempo de observar, escuchar, comparar, pensar antes de hablar” (p. 387).

Hace también una aguda observación sobre el efecto de las aglomeraciones en la diseminación de la epidemia:

Y he aquí que, al día siguiente, precisamente mientras reinaba aquella presuntuosa confianza, más bien, en

muchos, la fanática seguridad de que la procesión debía de haber acabado con la peste, las muertes aumentaron en todas las clases, en todas partes de la ciudad, a tal exceso, con un salto tan súbito, que no hubo quien no viese la causa, o la ocasión, en la procesión misma (p. 391).

Manzoni hace un reconocimiento de los cuidadores:

Y fue hermoso, asimismo, que lo aceptasen sin otra razón que el no haber quien lo quisiera, sin otro fin que servir, sin otra esperanza en este mundo que una muerte mucho más envidiable que envidiada; fue hermoso, asimismo, que se les ofreciese sólo porque era difícil y peligroso, y se suponía que el vigor y la sangre fría, tan necesarios y raros en aquellos tiempos, ellos debían de tenerlos (p. 383).

Y observa que quienes han sobrevivido a la peste adquieren inmunidad, que compara con la armadura de los caballeros medievales:

Los otros, por el contrario, seguros aproximadamente de su logro (ya que tener dos veces la peste era caso más prodigioso que raro), andaban por medio del contagio francos y resueltos, como aquellos caballeros antiguos, vestidos de hierro hasta donde cabía (p. 407).

En la segunda mitad del siglo xvii (1664-1665) la peste negra llegó a Londres. En el año que duró la epidemia murieron 70.000 de los 460.000 habitantes de la ciudad. La epidemia fue descrita por Daniel Defoe (1660-1731) en el *Diario del año de la peste* publicado en 1722. Cuando ocurrió la peste el autor era un niño de 5-6 años, y cuando publicó el libro habían pasado cincuenta y siete años desde que terminó la epidemia. Esta anotación es importante dado el carácter del texto que mezcla la ficción de la novela con la crónica periodística detallada que abunda en datos estadísticos y referencias precisas sobre tiempo y lugar. Como dice Anthony Burgess en la introducción al libro:

el *Diario* también es único porque, además de aceptarlo como ficción, cada generación lo ha leído también como Historia [...]. Su verdad es doble: posee

la verdad del historiador concienzudo y escrupuloso, pero su verdad más profunda nace de la imaginación creativa (p. 32).

En Londres, como en todas las epidemias, al comienzo había dudas sobre la naturaleza y magnitud de la amenaza:

Entonces los médicos empezaron a reflexionar sobre todo aquello, pues en un principio no habían creído que pudiera tratarse de una epidemia general. Pero, cuando se mandó a los médicos que examinaran los cadáveres aseguraron a la gente que se trataba ni más ni menos de la peste (pp. 324-325).

Ante esta realidad, la población entró en pánico y las autoridades implementaron medidas restrictivas para controlar su diseminación. Como consecuencia, los ricos, incluyendo la corte, abandonaron Londres.² Pero para todos no fue fácil hacerlo: “Tenía ante mí dos cuestiones importantes que considerar: una era seguir con mi negocio y con mi tienda, que tenían un valor muy considerable [...]; y la otra era salvar mi vida en aquella pavorosa calamidad” (p. 44).

El narrador permaneció en la ciudad y sobrevivió, lo que le permitió observar lo ocurrido. Explica la diseminación de la peste con una aguda observación sobre personas infectadas asintomáticas que, sin saberlo, transmitían la enfermedad:

Esto, para mí, dejó fuera de toda duda que el mal se propagaba por contagio; es decir, que ciertos vapores o humos que los médicos llaman efluvios, por la respiración o por el sudor de las llagas de los enfermos, o por cualquier otro medio, tal vez desconocido aún por los propios médicos, y estos efluvios afectan a la persona sana que se acerca a cierta distancia de la enferma [...] la epidemia se propagaba insensiblemente, y a través de personas que no estaban visiblemente contaminadas y que ignoraban tanto a quiénes contaminaban, como quién les había contaminado a ellas (p. 144).

² Entre quienes abandonaron Londres está Isaac Newton, quien se refugió en su natal Lincolnshire y durante ese tiempo escribió *Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*, uno de los libros científicos más importantes de todos los tiempos.

Y adelantándose siglo y medio al descubrimiento de la etiología microbiana de las infecciones, escribe:

He oído decir que, según la opinión de otros, tales enfermedades podían reconocerse haciendo que echaran el aliento sobre un trozo de vidrio, en donde el aliento se condensaba, y con la ayuda de un microscopio podían verse seres vivos, de formas singulares, horribles y monstruosos (p. 336).

El papel de los médicos, su impotencia ante la peste y los riesgos que asumieron es también descrito por el autor:

Tampoco es querer negar el esfuerzo y la dedicación de los médicos decir que fueron víctimas del mal común; tampoco es esta mi intención; es hacerles un elogio decir que arriesgaron sus vidas hasta el punto de que las perdieron al servicio de la humanidad (p. 86).

El *Diario del año de la peste* es la primera descripción epidemiológica de una epidemia, por las explicaciones de tiempo y lugar, con datos precisos sobre las fechas y parroquias (léase barrios) en que se presentaron los casos y los decesos (Enric, 2020).

Entre el amor y la peste

A principios del siglo xx, poco antes de la gran guerra europea, Thomas Mann (1875-1955) escribió *Muerte en Venecia* (1912). Mann relata el viaje del escritor alemán Gustav von Aschenbach a Venecia para tratar de recuperar una inspiración que al acercarse a la edad madura ha ido perdiendo. Aschenbach se aloja en un hotel en el Lido, donde está de vacaciones una familia polaca, uno de cuyos miembros, Tadzio, es un adolescente cuya belleza deslumbra a Aschenbach, que sin tener nunca un contacto directo con él se convierte en una obsesión que lo lleva a seguir discretamente a la familia en sus paseos por los canales, en las góndolas pintadas de negro,³ o a pie por las callejuelas de la

³ Se dice que las góndolas venecianas están pintadas de negro en honor a los

ciudad. Mientras tanto, una epidemia de cólera va creciendo, aunque las autoridades y buena parte de la población tratan de negarla:

Sin embargo, el temor a los perjuicios que sufriría la ciudad, las consideraciones a la Exposición de cuadros que acababa de inaugurarse, a los jardines públicos y a las grandes pérdidas que el pánico podía producir en los hoteles, comercios y en todos los que vivían del turismo, pudieron más en la ciudad que el amor a la verdad y el respeto a los convenios internacionales (Mann, 1982, pp. 41-42).

Pero el cólera seguía expandiéndose: “De cien afectados, ochenta morían del modo más horrible; pues el mal aparecía con extraordinaria violencia, presentándose casi siempre en la más terrible de sus formas: la seca” (p. 41).

Aschenbach duda entre salvar su vida o permanecer extasiado cerca de Tadzio, quien sin saberse observado y deseado continúa divirtiéndose en las playas hasta que su familia decide emigrar para salvarse de la peste. Cuando Tadzio es llamado por su madre, Aschenbach sufre un colapso y muere pocas horas después. El autor nos deja la duda de si Aschenbach murió a causa del cólera seco o porque en ausencia de Tadzio la vida carecía de todo sentido.⁴

Continuemos con el cólera en un entorno más cercano, Cartagena, con una de las obras más bellas de la literatura colombiana *El amor en los tiempos del cólera* (1985) de Gabriel García Márquez (1927-2014). La novela relata el amor de toda una vida de Florentino Ariza por Fermina Daza, pero en relación con el cólera los protagonistas son otros: Juvenal Urbino, el médico esposo de Fermina, y su padre, también médico, Marco Aurelio Urbino.

Este último fue quién “concibió y dirigió en persona la estrategia sanitaria [para combatir] la epidemia

muerdos de las epidemias que ha padecido la ciudad.

⁴ La novela de Thomas Mann fue llevada al cine en 1971 por Luchino Visconti; para muchos la película supera al texto escrito.

de cólera morbo, cuyas primeras víctimas cayeron fulminadas en los charcos del mercado y había causado en once semanas la más grande mortandad de nuestra historia” (García Márquez, 1985 p. 155).

Y también fue “su víctima más notable”, pues

cuando reconoció en sí mismo los trastornos irreparables que había visto y compadecido en los otros, no intentó siquiera una batalla inútil, sino que se apartó del mundo para no contaminar a nadie [...] escribió para la esposa y los hijos una carta de amor febril, de gratitud por haber existido (p. 157).

Para su hijo Juvenal, que estudiaba en París, “el cólera se le convirtió en una obsesión”, regresó a Cartagena y

antes de un año, sus alumnos del Hospital de la Misericordia le pidieron que los ayudara con un enfermo de caridad que tenía una rara coloración azul en todo el cuerpo. Al doctor Juvenal Urbino le bastó verlo desde la puerta para reconocer al enemigo (p. 159).

Y fue él entonces quien

previno a sus colegas, consiguió que las autoridades dieran la alarma a los puertos vecinos para que se localizara y pusiera en cuarentena a la goleta contaminada y tuvo que moderar al jefe militar de la plaza que quería decretar la ley marcial y aplicar de inmediato la terapéutica del cañonazo cada cuarto de hora. —Economice esa pólvora para cuando vengan los liberales —le dijo de buen talante—. Ya no estamos en la Edad Media (p. 160).

El triunfo del amor sobre la muerte es evidente en el barco que remonta el río Magdalena con Florentino Ariza y Fermina Daza, ya ancianos, viviendo intensamente su amor; barco que luego desciende por el río con la bandera amarilla izada, signo de que a bordo había enfermos de peste, para no tener otros pasajeros ni paradas en ningún puerto que les impidieran vivir su pasión (Tena, 2010).

La peste de Orán

La peste, escrita por Albert Camus (1913-1960) en 1945 es, a mi parecer, la obra cumbre de la literatura relacionada con las epidemias. El libro describe la peste bubónica que se desató en Orán, Argelia. Todo comenzó cuando empezaron a aparecer por toda la ciudad ratas muertas y luego un número de personas fallecidas que aumentó día a día, pero: “La prensa, tan habladora en el asunto de las ratas, no decía nada. Porque las ratas mueren en la calle y los hombres en sus cuartos y los periódicos sólo se ocupan de la calle” (Camus, 2018, pp. 44-45).

El doctor Bernard Rieux, después de examinar algunos de los fallecidos, concluyó que estaban ante una epidemia de peste; sin embargo, para las autoridades y para la población no era fácil aceptarlo, pues “las plagas no están hechas a la medida del hombre, se dice, pues, que las plagas son irreales, que es una pesadilla, que pasará. Pero no siempre pasan, y de pesadilla en pesadilla son los hombres los que pasan” (p. 47).

Pero, “al fin, fue suficiente que alguien pensase en hacer la suma. La suma era aterradora. En pocos días, los casos mortales se multiplicaron y resultó evidente [...] que estaban ante una verdadera epidemia” (p. 45).

Las autoridades cerraron la ciudad y establecieron medidas para evitar su propagación, incluyendo la cuarentena, el distanciamiento y toda actividad que llevará aglomeraciones, que alteraron la vida social y las relaciones entre las personas.

Nadie había aceptado todavía la enfermedad. En su mayor parte eran sensibles sobre todo a lo que trastornaba sus costumbres o dañaba sus intereses [...]. La peste había quitado a todos la posibilidad de amor e incluso de amistad. Pues el amor exige un poco de porvenir y para nosotros no había ya más que instantes (pp. 90, 207).

Rieux y su amigo Tarrou organizaron equipos de cuidadores para enfrentar las contingencias de la epidemia:

Parte de los equipos [...] se consagraba a un trabajo de asistencia preventiva en los barrios excesivamente poblados. Trataban de introducir allí la higiene necesaria. Llevaban la cuenta de las guardillas y bodegas que la desinfección no había visitado. Otra parte de los equipos secundaba a los médicos en las visitas a domicilio, aseguraba el transporte de los pestíferos y [...] llegó a conducir los coches de los enfermos y de los muertos. Todo esto exigía un trabajo de registros y estadísticas que Grand se había prestado a hacer (pp. 152, 153).

Rieux estaba sometido a un trabajo extenuante por la cantidad de contagiados, con resultados desalentadores por el número de fallecimientos y muchas veces con la incompreensión de quienes eran precisamente el objeto de sus esfuerzos. Este párrafo es una sentida descripción de lo que vivía:

Pues sabía que aún, durante un período cuyo término no podía entrever, su misión no era curar, sino únicamente diagnosticar. Descubrir, ver, describir, registrar, y después desahuciar, esta era su tarea [...]. “No tiene usted corazón”, le habían dicho un día; sin embargo, tenía un corazón. Le servía para soportar las veinte horas diarias que pasaba viendo morir a hombres que estaban hechos para vivir. Le servía para recomenzar todos los días (p. 217).

Camus relata las conversaciones de Rieux con el periodista Rambert, el sacerdote Paneleux, quien en un principio declaró en sus sermones que la peste era un castigo divino, y luego, ante la evidencia desgarradora de la muerte, se unió a los equipos de cuidadores y terminó siendo una víctima más de la enfermedad, como su amigo Tarrou. Estas conversaciones muestran la visión humanista de Rieux frente a la vida y su profesión:

Sin embargo, es preciso que le haga comprender que aquí no se trata de heroísmo... Es una idea que puede que le haga reír, pero el único medio de luchar contra la peste es la honestidad [...].

—No, padre —dijo—. Yo tengo idea diferente del amor y estoy dispuesto a negarme hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados.

[...]

—Es posible —respondió el doctor—, pero, sabe usted, yo me siento más solidario con los vencidos que con los santos. No tengo afición al heroísmo ni a la santidad. Lo que me interesa es ser hombre (pp. 187, 247, 289).

Y cuando su amigo Tarrou muere en sus manos, víctima de la peste, reflexiona:

¿qué había ganado? Él había ganado únicamente el haber conocido la peste y acordarse de ella, haber conocido la amistad y acordarse de ella, conocer la ternura y tener que acordarse de ella algún día. Todo lo que el hombre puede ganar al juego de la peste y de la vida es el conocimiento y el recuerdo (p. 328).

Dice Tena (2010):

La peste simboliza el nacimiento de una nueva época y de un nuevo humanismo. Escrita tras el final de la Segunda Guerra Mundial la novela de Camus busca inaugurar una suerte de optimismo antropológico; no en balde la mayoría de sus personajes sacan lo mejor de sí ante el peligro que se cierne sobre la ciudad (p. 62).

La parálisis infantil, otra plaga terrible

La poliomielitis, conocida como parálisis infantil, ha causado epidemias con gran número de afectados que mueren o sobreviven con graves secuelas de invalidez. Causada por el virus del polio, se transmite por contaminación hídrica y produce parálisis muscular, que compromete, en los casos severos, los músculos respiratorios. Gracias a las vacunas y a las medidas sanitarias posiblemente será erradicada en un futuro cercano (Moffett, Llewellyn, Singh y Saxentoff, 2020). La tragedia de una epidemia de poliomielitis quedó inmortalizada en *Némesis* (2010) del estadounidense

Philip Roth (1933-2018). El libro relata una epidemia ocurrida en el verano de 1944 en Newark (Estados Unidos). El protagonista, Bucky Cantor, un profesor de educación física con una dedicación especial a sus alumnos, ve como uno a uno van siendo afectados por la epidemia:

El Sr. Cantor vio el ataúd dentro del vehículo. Era imposible creer que Alan yaciera dentro de aquella caja de pino sencilla y de color claro por el mero hecho de haber contraído una enfermedad de verano. La caja de la que no puedes escaparte. La caja en la que un niño de doce años tenía doce años para siempre. Los demás vivimos y envejecemos cada día, pero él sigue teniendo doce años. Transcurren millones de años y él sigue teniendo doce (Roth, 2012, p. 56).

Los alumnos eran niños con ilusiones y proyectos de vida que la polio truncó:

—Quería estudiar ciencias en la Universidad —siguió diciendo la señora Beckerman—. Quería ser científico y curar enfermedades. Había leído un libro sobre Louis Pasteur, y se sabía al dedillo cómo Louis Pasteur descubrió que los gérmenes son invisibles. Quería ser otro Louis Pasteur —explicó, planificando la totalidad de un futuro que jamás se realizaría— (p. 61).

Marcia, su novia, se encontraba como instructora en un campo de verano y preocupada por Bucky lo invita a que se aleje del sitio de la epidemia y le ayude en el cuidado de los niños. Él duda, pero luego accede. Pero, unas semanas después, empiezan a presentarse casos de parálisis en el campo de verano y él mismo adquiere la enfermedad, que había llevado desde Newark. Bucky sobrevive con graves secuelas, se aleja de Marcia para no someterla a cuidar un inválido y abandona su profesión como profesor de educación física. Después de múltiples tratamientos de rehabilitación puede vivir con muchas limitaciones físicas, lejos de sus sueños y de sus amigos. “La única manera de salvar un resto de honor era negarse a sí mismo todo lo que siempre había deseado y, si era lo bastante débil para

actuar de otro modo, sufriría su derrota final” (p. 195). Años después, se encuentra casualmente con uno de sus antiguos alumnos, que lo describe así: “En general, le rodeaba un halo de fracaso indeleble mientras hablaba de todo lo que había silenciado durante años, de un hombre no solo físicamente lisiado por la polio, sino también desmoralizado por una vergüenza perenne” (p. 184).

Una guía en la oscuridad

La última obra que quiero describir es *Ensayo sobre la ceguera* (1995) de José Saramago (1922-2010). La novela relata una epidemia de ceguera que se inicia cuando un conductor, frente a un semáforo, pierde repentinamente la visión; ante el caos que se genera, un transeúnte se ofrece a conducir el carro y llevarlo hasta su casa, lo cual hace, pero además se roba el vehículo. La esposa del ciego lo lleva al oftalmólogo al día siguiente. En la sala de espera hay otros pacientes, el oftalmólogo lo atiende y no encuentra una explicación para el caso. Al día siguiente, quienes se encontraban en la sala de espera le informan al doctor que también están ciegos, además de otros como el ladrón del vehículo. Los casos aumentan, el doctor habla con su esposa y sus colegas e informa a las autoridades, que inicialmente no aceptan la existencia de una epidemia de ceguera. Pero, finalmente: “El Gobierno lamenta haberse visto forzado a ejercer enérgicamente lo que considera su derecho y su deber, proteger por todos medios a su alcance a la población en la crisis que estamos atravesando” (Saramago, 2006, pp. 75-76).

Los ciegos son recluidos en un antiguo hospital mental. Cuando van a trasladar al oftalmólogo ciego, su esposa finge estar también ciega y lo acompaña convirtiéndose en su guía en la oscuridad, así como de los otros que se encuentran encerrados en el mismo pabellón. Con la llegada de más y más ciegos la situación es muy compleja. Según la mujer del médico:

tan lejos estamos del mundo que pronto empezaremos a no saber quiénes somos, ni siquiera se nos ha

ocurrido preguntarnos nuestros nombres, y para qué, ningún perro reconoce a otro perro por el nombre que le pusieron, identifica por el olor y por él se da a identificar, nosotros aquí somos como otra raza de perros (p. 65).

En estas condiciones afloran los mejores y los peores sentimientos que los humanos pueden tener ocultos (Marchalik y Petrov, 2020). Las acciones depravadas se presentan llegando incluso a la violación de las ciegas recluidas en el sanatorio, ni siquiera se salva la esposa del médico. Ante las difíciles condiciones el gobierno decide acordonar el sanatorio con personal militar. Uno de los ciegos, el ladrón del vehículo, tiene una herida infectada que requiere de tratamiento urgente con antibióticos que no llegan; este, en su desesperación, se acerca a la reja para implorar la medicación:

Muy lentamente, en el espacio entre dos hierros verticales, como un fantasma, empezó a aparecer una cara blanca. La cara de un ciego. El miedo le heló la sangre al soldado, y fue el miedo lo que le hizo apuntar su arma y disparar una ráfaga a quemarropa (Saramago, 2006, p. 83).

Los ciegos, para enterrar al muerto, necesitan herramientas, y la mujer del médico acude a los militares

En el portón, pero del lado opuesto a aquel donde había caído el ciego, apareció otro militar... Qué quieren, gritó, Necesitamos una pala o un azadón, No tenemos, venga, fuera, lárguense, Tenemos que enterrar el cuerpo, Pues no lo entierren, déjenlo pudrirse ahí, Si lo dejamos contaminará la atmósfera, Pues que la contamine y os aproveche, La atmósfera no se está quieta, tanto está aquí como va para donde estáis. La pertinencia de la argumentación obligó a reflexionar al militar (pp. 86-87).

Pero los militares piensan como tales, y cuando el Ministerio de Sanidad avisa al ejército que van a enviar más ciegos, estos discurren:

Si un ciego no ve, pregunto yo, cómo puede transmitir el mal por la vista, Mi general, ésa debe ser la en-

fermedad más lógica del mundo, el ojo que está ciego transmite la ceguera al ojo que ve, así de simple. Hay aquí un coronel que cree que la solución más sencilla sería ir matando a los ciegos a medida que fueran quedándose sin vista, Muertos en vez de ciegos, el cuadro no iba a cambiar mucho, Estar ciego no es estar muerto, Sí, pero estar muerto sí es estar ciego... aquel coronel de quien les hablaba hace un rato, se ha quedado ciego, A ver qué piensa ahora de aquella idea suya, Ya lo ha pensado, acaba de pegarse un tiro en la cabeza, Coherente actitud, sí señor, El ejército está siempre dispuesto a dar ejemplo (p. 115).

Después de múltiples tragedias los ciegos empiezan a recuperar la visión y encuentran la ciudad en ruinas, entonces la mujer del médico le dice a su esposo: “quieres que te diga lo que estoy pensando, Dime, Creo que nos estamos quedando ciegos, creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que viendo, no ven” (p. 329).

Epílogo y conclusiones

No puedo terminar sin referirme a una pandemia de origen humano que no hemos podido superar como especie “inteligente”. Una plaga endémica que ocupa un lugar privilegiado en la literatura, me refiero a la(s) guerra(s) en las que el hombre es el microbio que mata hombres. Con Saramago podríamos afirmar que los humanos nos comportamos como “ciegos que viendo, no ven”. Sin embargo, el arte y la ciencia, como los más elaborados productos de la inteligencia, son los que en su confluencia nos pueden brindar la soluciones y la esperanza de que algún día logremos entender y desarrollar la simbiosis entre las culturas y entre el *Homo sapiens* y el resto de la naturaleza.

Mientras la ciencia, cada vez con mayor precisión y rapidez, identifica las causas de las epidemias y elabora métodos que permiten el diagnóstico, el tratamiento y la prevención de estas, la literatura, desde hace más de veinticinco siglos, muestra la tragedia que significan las epidemias desde lo individual y lo colectivo, los temores, las actitudes positivas y negativas, las fortalezas y debilidades que emergen cuando el dolor y la muerte

son amenazas inminentes, los mitos y los mecanismos con los que enfrentamos esas amenazas y cómo estas vivencias son comunes en todos estos siglos y en todos los lugares donde ocurren las epidemias. Como bien lo expresó el gran dramaturgo inglés George Bernard Shaw: “Las epidemias han tenido más influencia que los gobiernos en el devenir de nuestra historia”.

Agradecimientos

El presente artículo nació de la invitación que me hizo Ana Ochoa, del Parque Explora de Medellín, como parte de la colaboración entre esta institución y el Capítulo de Antioquia de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, para dictar una conferencia sobre epidemias y literatura en la Feria Popular Días del Libro, el 16 de mayo de 2020 en Medellín. Los profesores Marta Elena Bravo de Hermelin, Román Castañeda y Darío Valencia me propusieron convertir la conferencia en un texto para publicarse en esta revista. Agradezco las sugerencias sobre obras seleccionadas y sobre el texto hechas por Lina María Vélez, Beatriz García, Diego García, Silvia Helena García y Mario Felipe Londoño.

Referencias

- Atwood, M. (2019). *La semilla de la bruja*. Penguin Random House Grupo Editorial.
- Bocaccio, G. (s. f.). *El decamerón*. <https://freeditorial.com/es/books/el-decameron>.
- Camus, A. (2018). *La peste*. Ediciones Americanas.
- Cunha, B. A. (2004). The cause of the plague of Athens: Plague, typhoid, typhus, smallpox, or measles? *Infectious Disease Clinics of North America*, 18(1), 29-43.
- Defoe, D. (2006). *Diario del año de la peste*. Alba Editorial.

Enric, R. (2020). Daniel Defoe y el “coronavirus” del siglo XVII. *La Vanguardia*. <https://www.lavanguardia.com/historiayvida/edad-moderna/20200416/48530016118/daniel-defoe-gran-plaga-londres-pestes-siglo-xvii-coronavirus.html>.

García Márquez, G. (1985). *El amor en los tiempos del cólera*. Editorial Oveja Negra.

Gargantilla, P. (2016). *Enfermedades que cambiaron la historia*. La Esfera de los Libros.

Langmuir, A. D., Worthen, T. D., Salomón, J., Ray, C. G. y Petersen, E. (1985). The Thucydides syndrome. A new hypothesis for the Plague of Athens. *The New England Journal of Medicine*, 313(16), 1027-1030.

Mann, T. (2010). *La muerte en Venecia*. <https://literaturaalemanaunlp.files.wordpress.com/2010/04/la-muerte-en-venecia.pdf>.

Manzoni, A. (s. f.). *Los novios*. <https://freeditorial.com/es/books/filter-author/alessandro-manzoni>.

Marchalik, D. y Petrov, D. (2020). Seeing COVID-19 through José Saramago’s blindness. *Lancet*, 395(10241), 1899.

Moffett, D. B., Llewellyn, A., Singh, A. y Saxentoff, E. (2020). Progress toward poliovirus containment implementation - Worldwide, 2019-2020. *MMWR. Morbidity and Mortality Weekly Report*, 69(37), 1330-1333.

Papagrigorakis, M. J., Yapijakis, C., Synodinos, P. N. y Baziotopoulou-Valavani, E. (2006). DNA examination of ancient dental pulp incriminates typhoid fever as a probable cause of the Plague of Athens. *International Journal of Infectious Diseases*, 10(3), 206-214.

Rodríguez, P. (2020). La élite inmunológica y la Reina Roja: cómo las enfermedades han cambiado el curso de la historia y de la evolución biológica. *Jot Down*. <https://www.jotdown.es/2020/07/la-elite-inmunologica-y-la-reina-roja-como-las-enfermedades-han-cambiado-el-curso-de-la-historia-y-de-la-evolucion-biologica/>.

Roth, P. (2012). *Némesis*. Random House Mondadori.

Sánchez-Osti, M. (2010). Las epidemias y el miedo. En: *Historia, medicina y ciencia en tiempo de epidemias* (págs. 67-85). Fundación Ciencias de la Salud.

Saramago, J. (2006). *Ensayo sobre la ceguera*. Alfaguara.

Tena, M. (2010). Las epidemias y la literatura. En: *Historia, medicina y ciencia en tiempo de epidemias* (págs. 47-66). Fundación Ciencias de la Salud.

Tucídides (2007). *La guerra del Peloponeso*. Biblioteca clásicos grecolatinos. <https://historicodigital.com/download/Tucidides%20-%20Guerra%20del%20Peloponeso.pdf>.